

Suárez y González: la tentación de un nuevo canovismo.

Apuntes parlamentarios

LA TENTACION CANOVISTA

VÍCTOR MARQUEZ REVIRIEGO

DON Antonio Gutiérrez Díaz es diputado por el PSUC (Partido Comunista Unificado de Cataluña). Don Antonio Gutiérrez Díaz, conocido también por "El Guti", es médico pediatra. Es uno de los médicos de la Cámara de Diputados, que los días 13 y 14 de julio ha tenido sus dos sesiones preparatorias. La izquierda tiene otros doctores muy conocidos: el ginecólogo Luis Yáñez, diputado del PSOE por Badajoz, frente al hoy ministro de Sanidad, Enrique Sánchez de León; el también ginecólogo Guillermo Galeote, diputado del PSOE por Córdoba; el cardiólogo Donato Fuejo, diputado del PSP (Partido Socialista Popular) por Madrid...

En la mañana del jueves 14, el doctor Gutiérrez Díaz habla en la Cámara a favor de un número pequeño de miembros para los grupos parlamentarios. Pide cinco. Y lo

hace de una manera contundente. Mueve la cabeza adelante y atrás con energía, como dicen que lo hacía Canalejas. Con su agresiva barba de jeque (de jeques rojo, naturalmente) parece ir poniendo los puntos y las comas de su discurso. Mueve la cabeza a la manera de una formidable maza de leninismo que golpeará a un enemigo imaginario. Algún extraño pájaro que le atacase...

¿Cuál puede ser?

De pronto, dice el doctor Gutiérrez Díaz:

"Desde ayer aletea en el hemisferio el tremendo peligro de la bipolarización". Ya está. Era el águila bicéfala del canovismo. Con las dos cabezas de Suárez y González, puestas de acuerdo, sería el ave simbólica de un imperio imbatible: doscientos ochenta y tres escaños. Nada pueden frente a ellos los menos de cien de los

restantes partidos, tan diferentes entre sí como la Alianza Popular del profesor Fraga o el PCE de don Santiago Carrillo.

Es grande la tentación de ser Cánovas y de establecer aquí un sistema bipartidista a la manera inglesa, alemana o americana. De repetir el juego de la Restauración, que montó aquel marrullero genial que fue don Antonio Cánovas, haciendo realidad los deseos expresados por Martín de Ollas cuando se debatía el nonnato texto constitucional de 1873 en la Primera República. Claro está que, por desgracia, acaso Suárez no tenga la capacidad de Cánovas y, por fortuna, la España de 1977 no tiene casi un 80 por 100 de anal-fabetos como tenía la de 1875.

Aunque el juego de las comparaciones con la historia pasada es propio de ociosos y "amateurs", no resisto la tentación de hacer

algunas. Nacido de un golpe militar (el pronunciamiento del general Martínez Campos en Sagunto, 29-XII-1874), el Estado de la Restauración es un Estado civil, que intenta un Estado de derecho desde el punto de vista liberal. Ello supuso, al menos sobre el papel, que quedaban marginadas como fuerzas políticas el Ejército y la Iglesia; de hecho quedaron fuera también la clase obrera y la pequeña burguesía...

Sobre el papel, al menos, vamos hacia un Estado de derecho; el programa económico del Gobierno se autoproclama liberal (dentro de lo que cabe); parece que se busca un Ejército profesional y apatridario como Institución; la Iglesia, según portavoz tan cualificado como José María Martín Patino, ha entonado el réquiem por su poder político, y el pueblo, por la vía del voto, ha mandado a

paseo el único de nuestros partidos confesionales que era la Democracia Cristiana.

La comparación (y seguimos hablando sobre el papel) se rompería en el último de los apartados. Porque ni la clase obrera ni la pequeña burguesía pueden hoy por hoy quedar fuera de ningún tipo de solución, salvo que ésta sea una solución por la tremenda, en cuyo caso no es solución, sino imposición. Y en el momento actual español me atrevo a añadir que tampoco puede quedar fuera de una solución (que para serlo de verdad ha de ser colectiva) el problema regional y el problema de las nacionalidades.

Al hablar de clase obrera ha de entrar en el juego el Partido Socialista Obrero Español, porque, independientemente de que se especule con su voto como voto útil, de aluvión, de oportunismo o de lo que sea, el hecho cierto es que en zonas como los barrios obreros madrileños de Vallecas, Carabanchel o Villaverde, el PSOE ha obtenido el 45 por 100 de los votos. El puesto de un Sagasta (que Cánovas ofreció primero a Ruiz Zorilla) sólo podría hoy desempeñarse por Felipe González. Pero esto es impensable. Un partido que ha descartado toda posibilidad de gobernar junto a la Unión de Centro Democrático y que se presenta como alternativa a ella, no podría prestarse a una farsa en la que le correspondería el papel de comparsa. Y desde este punto de vista es desde el que a muchos resulta incomprensible esa función de martillo de las minorías que ha tenido el PSOE cuando se trató el tema de los grupos parlamentarios.

La penalización de las minorías

El Congreso de Diputados (350 miembros) y el Senado (207) dedicaron la sesión del jueves día 14 al tema de los grupos parlamentarios.

Manuel Fraga Iribarne (AP) fue el primero de los oradores. Fraga, que no llegó a quitarse la chaqueta, habló con mesura de buen parlamentario. Venía moreno después de luchar contra las truchas leonesas, aunque su bronceado no alcanza la categoría de los de Gregorio López Bravo, también de Alianza Popular, o Miguel Primo de Rivera, senador por designación real. Había diferencia de gestos entre este Fraga de manos quietas y aquel joven profesor de Políticas que explicaba las excelencias del

selazarismo y del liderazgo del hombre extraordinario, mientras pasaba las fichas con una mano y mantenía la otra, inquieta y juguetona, en el bolsillo de su pantalón.

Fraga dijo: "Ofrezco desde ahora la buena voluntad del grupo de Alianza Popular". Y así fue. En el curso de los debates saldría de nuevo a retirar su propuesta para apoyar la del Partido Comunista. Y más tarde, fuera del hemiciclo, iría a saludar a Santiago Carrillo y formaría tertulia improvisada con él y Tierno Galván, en un cuadro completamente surrealista hace sólo un par de meses.

También defiende a las minorías Raúl Morodo. Morodo (del PSP, con seis escaños) recuerda las tesis de la Comisión de los Diez. Durante muchos años, dice, la pe-

nalización de las minorías ha sido nota dominante. Ahora, añade, se va a lo mismo. Después del castigo del sistema electoral, que ha supuesto para el PSP 127.000 votos por escaño y para UCD poco más de 30.000, viene esta segunda penalización.

Igual sentido tendrían las intervenciones de Emilio Gastón (Partido Socialista de Aragón), de Jordi Solé Tura (PSUC), que sin serlo todavía habla ya con la autoridad de un secretario general, la voz de un tenor y la documentación de un constitucionalista... Y Josep Verde Aldea (Pacte Democràtic per Catalunya), Heribert Barrera, de Esquerra Republicana; Juan Ajuriaguerra, del Partido Nacionalista Vasco; así como su compañero Xavier Arzallus, Miquel Roca i Junyent...



Tierno, Fraga y Carrillo: los buenos modales parlamentarios. Ibarruri y Alberti: la venganza de la Historia.

La lucha contra los monopolios

Ramón Tamames dio uno de los golpes más fuertes (aunque tan inútil como los demás) a la propuesta del PSOE de que fuera quince el número mínimo de miembros para cada grupo parlamentario. Ramón Tamames es economista y se le nota. También es comunista, pero esto a veces se le nota menos. Y a las minorías ideológicas las defiende con argumentos económicos. Habla del proceso de concentración ideológica, ya iniciado con la Ley para la Reforma Política, que aprobaron hace un año las otras señorías de chaquetilla blanca, como los camareros de Chicote que durante tanto tiempo llevó el bar de las Cortes (hoy ha pasado a cafeterías Manila).

Tamames habla con la caliente convicción de las cifras. Tomando el coste en votos de cada escaño de UCD como índice 100, asegura, al Partido Comunista le habría salido a 224, es decir, un 124 por ciento más caro. Y por eso la UCD, con el 33 por 100 de los votos, ha comprado el 47 por 100 de los escaños. Por el contrario, el PCE, con el 9,22 por 100 de los votos, sólo ha logrado el 5,71 por ciento de los escaños.

Es natural que Ramón Tamames hable en contra de las concentraciones y de los monopolios. No en vano uno de sus libros más leídos (y tiene muchos) se llama "La lucha contra los monopolios". Claro que lo paradójico es que él es como una encarnación del monopolio. Joven, simpático y con dinero, economista, catedrático, ensayista, historiador, publica muchos libros y los vende como churros, está casado con una mujer muy guapa y en sus ratos libres pinta, toca el órgano y, como también es alpinista, se va a la Sierra de Cameros, se cae por un precipicio, se rompe la mitad de los huesos y a los pocos meses vuelve a estar en plena forma, va a la cárcel y aprovecha el tiempo para escribir una novela (que no es precisamente el Quijote, dicho sea de paso) y quedarse el tercero en el Premio Planeta...

El atuendo de Rafael Alberti

Si Ramón Tamames puede dar la imagen nueva del PCE, la nota quien la dio fue Rafael Alberti.

Rafael Alberti es diputado comunista por Cádiz y estuvo en el exilio desde 1939. Nació en el Puerto de Santa María y en 1924 escribió un hermoso libro titulado

LA TENTACION CANOVISTA

"Marinero en tierra". En uno de los poemas glosa dos versos de Juan Ramón, que dicen así:

"... la blusa azul, y la cinta milagrera sobre el pecho".

Y éstos son los versos de Alberti:

"Madre, vísteme a la usanza de las tierras marineras: el pantalón de campana, la blusa azul ultramar y la cinta milagrera.
—¿Adónde vas, marinero, por las calles de la tierra?
—¡Voy por las calles del mar!".

Pues bien, para la sesión inaugural del miércoles día 13, Rafael Alberti llevó una chaqueta y una corbata "que causaron sensación". Iba el poeta-diputado vestido a medias de muchacho roquero y a medias de marinero en corral ajeno, con una chaqueta de dos colores y una corbata digna, se dijo, de un diputado del partido liberal-reformista de Managua (en el supuesto de que en Managua haya partido liberal-reformista). Hecho un poema, dijo alguien echando mano de la frase hecha. Y, efectivamente, el poeta parece que para la ocasión quiso ser cuerpo de uno de esos poemas satíricos que hace como nadie...

La presidencia interina de ese primer día la ocupó el diputado segoviano de la UCD don Modesto Fraile Pujade, que aunque es modesto no es fraile y nada tiene que ver, esperemos, con el pujadismo. Los usos parlamentarios obligaban a que fuera Dolores Ibarruri, como diputado de más edad, quien ocupara la presidencia ese primer día. Parece que en aras de la distensión y con ánimo de tener la fiesta en paz, el PCE

aceptó versallescamente la chapucilla parlamentaria: que el primer diputado en entregar la credencial presidiera la constitución de la Mesa interina del Congreso.

A pesar de todo, Dolores Ibarruri y Rafael Alberti, por ser los diputados de más edad, ocuparon puestos en la presidencia durante ese día (Andrés Eguibar y Josep Pau, como diputados más jóvenes, completaron la mesa presidencial).

Una parte de la Historia

Fue impresionante ver bajar a Dolores Ibarruri para sentarse junto al presidente. Ver allí a esta anciana que ya fue diputado hace

cuarenta años en las Cortes de 1936 era como asistir a una venganza de la Historia. Esta Historia que los hombres están condenados a repetir cuando la olvidan. O cuando tratan de borrarla, que viene a ser lo mismo.

A diferencia de Alberti, Dolores Ibarruri iba vestida con una sobriedad casi ascética. Traje negro y el blanco pelo recogido en su característico moño, ahorrado por una redecilla también blanca, apenas perceptible.

No habló quien ya está en la Historia con el sobrenombre de "La Pasionaria". Si un poco antes con el presidente Suárez, a quien saludó en el despacho del otro presidente (el de las Cortes, designado por el Rey), don Antonio Hernández Gil. Este le dijo: "Señora,

La presidencia del Congreso

El mismo miércoles se votó para la presidencia provisional de la Mesa del Congreso. El PSOE tenía un candidato previsto: Luis Gómez Llorente. Gómez Llorente nació en Segovia, hijo de militar, y es profesor de Enseñanza Media. Como tal, fue vicedecano del Colegio de Doctores y Licenciados de Filosofía y Letras y Ciencias de Madrid, y como tal moderó la asamblea donde se presentaba la alternativa democrática para la enseñanza (ver TRIUNFO número 680), dando una lección de cómo puede conducirse un debate parlamentario. Luis Gómez Llorente,



La Mesa del Congreso: Soler Valero, Ruiz Navarro, Esperabé de Arteaga, Alvarez de Miranda, Gómez Llorente, Pablo Castellano y Rafael Escudero.

Los grupos parlamentarios

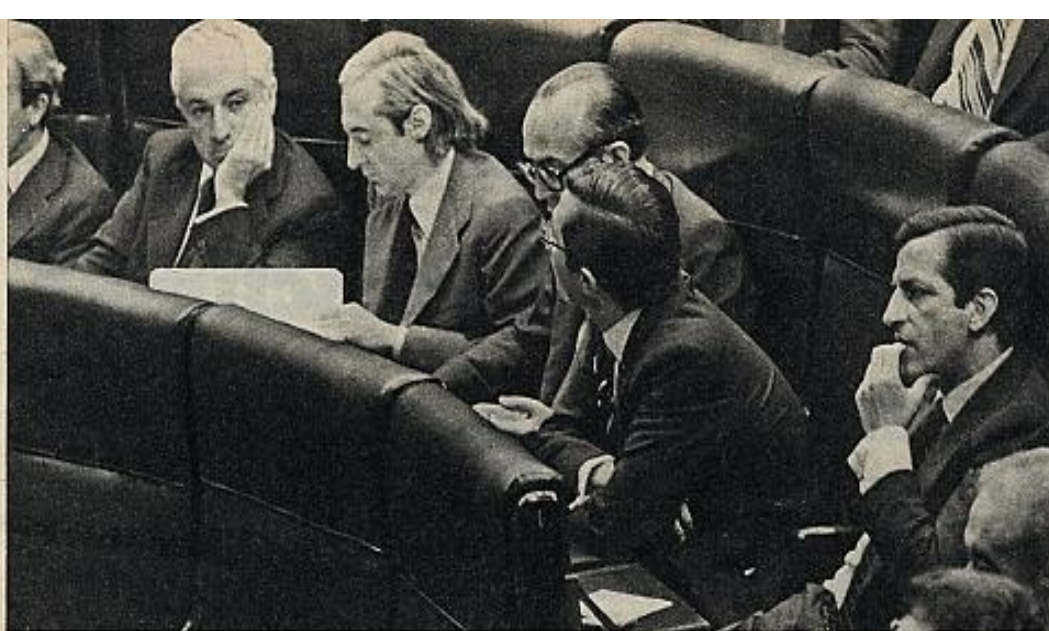
LA mayoría de los Parlamentos del mundo funcionan con el sistema de grupos parlamentarios. Formados por diputados o senadores de uno o más partidos afines, el número de sus componentes es variable y suele estar en función del número total de miembros que componen el Parlamento. Un solo miembro puede formar un grupo parlamentario en Holanda, y treinta son necesarios en Francia. Entre estos límites tenemos los dos de Japón, los tres de Bélgica, los cinco de Suiza o Austria, etc., y el caso italiano, con veinte miembros, pero con la posibilidad de que el presidente del Congreso pueda autorizar un número menor si el partido solicitante ha presentado candidaturas en veinte distritos electorales.

Los grupos designan miembros en las comisiones, pueden colaborar en la preparación del orden del día, intervendrán en la ordenación de los debates, etc. Además, tienen facilidades de reunión en el propio edificio de las Cortes, en salas especialmente asignadas para ello por la presidencia de las mismas. ■

usted es una parte de la Historia que yo he vivido". Y era, sí, una parte de la Historia quien bajaba aquella mañana por las escaleras alfombradas del hemiciclo. No hubo aplausos ni murmullos. Un silencio total, que acaso convertía en respeto por la propia Historia la mitificación acrílica de unos y la repulsa fanática de otros. Tal vez sin quererlo, el Partido Comunista, que sacó a esta anciana de la Historia para lanzarla a la contienda electoral, ha permitido un "test" único para la vida española: la prueba de que las veintidós Españas diferentes se han reconciliado y pueden vivir en paz, asumiendo la totalidad de nuestra sufrida Historia desde Argantonio a Camuñas (y que el tartesio me perdone).

que pertenece al PSOE desde hace veinte años, fue uno de los primeros detenidos de las Juventudes Socialistas. Si mal no recuerdo, cayó el 5 de febrero de 1962, cuando estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras, junto a los también militantes Miguel Boyer (Facultad de Físicas) y Angel de Lucas (Facultad de Ciencias Políticas).

Con la abstención del PCE, PSP y AP, en la segunda vuelta UCD colocaba de presidente a su candidato, el demócrata-cristiano-suarista Alvarez de Miranda. Ocupa el sitio, dicen, que debiera haber ocupado el ausente Ruiz-Giménez, lanzado por el voto (o más bien por el no voto) al limbo de los descolocados, tras su maridaje poligámico con todos los Gil-Robles



La UCD, tras el "banco azul": Jiménez de Parga, Pérez-Llorca, Calvo-Sotelo, Camuñas y Adolfo Suárez.

que en España han sido. Se dice que ahora llora como demócrata el escaño que perdió como cristiano...

Gómez Llorente ocupa ahora una vicepresidencia, junto a Esparabé de Arteaga, aquel a quien mandaron callar en las Cortes orgánicas "porque hablaba mucho de política".

Y con ellos los cuatro secretarios. Dos del Centro (José Luis Ruiz Navarro y Francisco Soler Valero) y dos del PSOE (Pablo Castellano y Rafael Escudero). Para el PSOE, si esto significa tener a hombres valiosos en la Mesa, supone asimismo que deja fuera de combate a algunos de sus mejores parlamentarios. Como no está uno muy habituado a esto del parlamentarismo, no sabe exactamente lo que ocurrirá, pero cabe sospechar que un Pablo Castellano que tanta guerra dio en el Colegio de Abogados (hay que recordar aquí la junta o asamblea celebrada hace unos años en la Ciudad Deportiva del Real Madrid), no va a poder ser ya el Fouquier Tinville de este Parlamento. Es, dicen, un hombre incómodo para todo tipo

de poder... hasta para el de su propio partido.

Y ya que hablamos de un personaje de la Revolución francesa, hablemos de la colocación de los diputados en el hemiciclo. Se divide éste en tres sectores.

El hemiciclo

El de la izquierda, visto desde la mesa presidencial, lo ocupa casi por completo el PSOE. Tras la primera fila del banco azul (donde en su día se sentará el Gobierno), están Felipe González, Alfonso Guerra, Gómez Llorente (hasta que fue lanzado a la vicepresidencia), Gregorio Peces-Barba, Enrique Mújica, Nicolás Redondo... El PSOE llega hasta las alturas, donde se funde casi con el grupo del PCE-PSUC, colocado allá en lo que —si seguimos hablando en términos de la Convención francesa— sería "la Montaña". Y bien mirado, la cabeza canosa de Ignacio Gallego (diputado comunista por Córdoba) tiene un aire dantoniano, casi como la del más joven socialista, Enrique Mújica.

Aire de Robespierre, con su

blanca palidez, tiene el diputado centrista José Pedro Pérez-Llorca. Está sentado en la segunda fila del sector del centro, donde se sitúa el ídem. La primera fila (banco azul asimismo) está vacía. Detrás, Suárez, Camuñas (que con viveza lagartijera se apresura a ocupar el sitio del jefe en sus ausencias), Calvo Sotelo, Jiménez de Parga, Martín Oviedo... Además de la cara muy pálida, Pérez-Llorca lleva el pelo relativamente largo para ser del Centro. Los del Centro deben de ser calvos, como Fernández Ordóñez, o con el pelo esculpido a la navaja, como los antiguos locutores del Telediarlo, que es el estilo de Adolfo Suárez. Las veleidades capilares no están bien en los partidarios de orden.

Por ejemplo, Alfonso Guerra, que es un hombre de orden (de orden interior dentro del PSOE, se entiende), va impecable. Este intelectual de modos y maneras casi vaticanas es un Mazarino de la Bética. Sentado siempre junto a Felipe González, me cuentan, pues no lo vi, que su intervención tuvo cierta frialdad. Es, apostilla un periodista del PSOE, que su oratoria

es muy moderna y hay que acostumbrarse a ella. Hombre clave del grupo sevillano del partido (los sicilianos del PSOE les llaman algunos), Alfonso tiene, en efecto, un inevitable aspecto de eminencia gris...

La Cámara tiene, también, cierto aspecto gris. Ha desaparecido de aquí el blanco de las chaquetillas de jerarquías y otras personalidades, el caqui de los uniformes, la púrpura cardenalicia y hasta aquella nota exótica de nuestros hermanos de color, procuradores por las llamadas provincias africanas. Además, los diputados se sientan, por ahora al menos, un poco a la buena de Dios, sin orden ni concierto. ¡Y cómo se sientan! Algunos parece que están como provisionales. Ni ellos se lo creen. A lo peor estaban en la cárcel hace un año... Otros están como atornillados al escaño y no hay Pavia que los levante... Con Franco, desde luego, se sentaban mejor. Por riguroso orden alfabético.

Dicen los antiguos de la casa que en el asiento ahora ocupado por Felipe reposaba su episcopal trasero don Pedro Cantarero Cuadrado, obispo que fue de Barbastro, Huelva y Zaragoza. A don Pedro, en Huelva le llamaban "el adoquín". No en sentido peyorativo (su labor fue importante allí), sino llevados de una irresistible afición a motejar todo, en este caso a don Pedro, en puro sentido definitorio de Diccionario: piedra de cantería paralelepípedica...

Felipe fuma casi tantos puros como el catalán Josep Andreu i Abelló, correligionario suyo. El joven dirigente socialista no ha hablado hasta ahora en la Cámara. Fuera de ella lo ha hecho dos veces —y largamente— con Adolfo Suárez. Y lo hacían tan a la vista, que parecía haber allí una intención de mostrar lo bien que se llevaban. Claro que aquí todos se llevan muy bien. Jiménez de Parga, ministro de Trabajo, en cuanto Carlos Sentís lo deja un momento libre, va a darle un abrazo a Marcelino Camacho. El que andaba un tanto solitario era el aliancista Martínez Emperador, que sólo saludó a un ujier. Solitario, allá en lo alto del sector derecho del hemiciclo, veo a Gonzalo Fernández de la Mora, ideólogo del crepúsculo de las ideologías o, mejor aún, ideólogo de una ideología crepuscular. En esa hora del crepúsculo, cuando según Hegel iniciaba su vuelo el búho de Minerva, la mente cartesiana de Gonzalo acaso medite en las paradojas de la política al contemplar el sol emergente de Adolfo Suárez, un hombre que no parece ser, precisamente, habitual lector de don Jorge Guillermo Federico Hegel. Ni falta que le hace. ■ V. M. R. (Fotos: EUROPA PRESS).



Morodo, Tamames y Guerra: escaños caros y escaños baratos.